

cianos, las mugeres y los niños, hicieron llover sobre el enemigo muebles, piedras, aceite y agua hirviendo, y hasta hubieran demolido sus casas para arrojarlas á la cabeza de sus antagonistas, quienes al fin se retiraron vencidos.

Las mismas escenas se repitieron en diversos lugares. En *Pratola*, cerca de *Sulmona*, ocurrió una muy semejante, en medio de las montañas. Reunidos los paisanos del lugar en la plaza pública para la fiesta de la *Madona*, se habian puesto escarapelas reales en los sombreros; y como un oficial de la guardia nacional, *Antonio Fabrizzi*, arrancase violentamente una al llamado *Rocco*, éste le tiró al suelo de una puñalada.

En el instante mismo estalló la guerra civil. Las poblaciones, armadas de azadones, mazas, palas y hoces, se precipitaron sobre la milicia ciudadana. El padre del gefe de la guardia nacional quiso interponerse entre los combatientes, pero fué gravemente herido; y su hijo, que ocurrió á socorrerle, pereció allí mismo con muchos de los suyos. Los paisanos quedaron dueños del campo de batalla, y los de la ciudad tomaron la fuga; la bandera tricolor fué desgarrada en mil girones, y solo se oía el grito general de; *Abajo la revolucion! ¡ Viva el rey!*

CAPITULO VII.

ESCENAS DEL 14 Y 15 DE MAYO.—INSURRECCION Y BARRICADAS.—EL GENERAL ISCHITELA Y EL PRÍNCIPE SAN GIACOMO.—EL CIUDADANO LEVRAUD Y EL ALMIRANTE BAUDIN.—EL DUQUE DE RIVAS Y EL CUERPO DIPLOMATICO.—ESCENAS DE MONTEOLIVETTO.—BATALLAS Y DESASTRES.—TRIUNFO DE LA MONARQUIA.

La apertura de las cámaras, en Nápoles, fijada para el 1.º de Mayo y aplazada despues hasta el 15, debia celebrarse con gran pompa y aparato. Ibanse reuniendo los diputados de todas las provincias; los calabreses venian escoltados por los *fratelli* de su comarca, facciosos armados de todas armas y vestidos á usanza teatral, entre semi-albanos y semi-*fradiavolos*; sayo de buriel con franjas de terciopelo y botones de metal, sombrero de fieltro puntiagudo adornado de plumas, barba larga democrática, *cartocciera* en la cintura y muchas cintas tricolores. Esta cohorte así ataviada, con sus puñales, pistolas, hachas, escopetas y *bocacci* (1), ofrecia un aspecto verdaderamente salvaje.

(1) Los bocacci son trabucos, cuyo cañon se ensancha á modo de trompeta, y es el arma del país calabrés. La cartocciera es una especie de canana que da vuelta á la cintura y sirve para los cartuchos.

La ante víspera y víspera del 15 de Mayo fueron convocados oficialmente los diputados, por medio de billetes impresos, para reuniones preparatorias que debian celebrarse en Monteolivetto en uno de los salones del ayuntamiento, á fin de discutir si habia de prestarse juramento á la constitucion despues de la apertura del parlamento. Los diputados declararon, que siendo su ánimo modificar y cambiar la ley fundamental, como paso á un sistema mas amplio, no podian en manera alguna prestar un juramento que les servia de obstáculo, ligándoles para lo futuro.

—“El poder ejecutivo, se preguntaba, ¿puede obligar á jurar al poder legislativo?”

—¡No! fué la respuesta unánime.

El ministerio, de acuerdo secretamente con la cámara, aprobó la decision; y no cabia ya duda de que la *asamblea nacional* vendria á parar en *asamblea constituyente*. Sometióse al rey la cuestion, y fué por él rechazada. El gabinete al punto presentó su dimision, y estalló la tempestad.

Los atrevidos corifeos de la rebelion exclamaron:

“¡Ciudadanos! el rey nos vende, no soportemos mas su tiranía.”

“El pueblo armado, añadieron, se alza contra él en todas partes; las provincias indignadas dispónense á caer sobre Nápoles; la escuadra francesa, anclada á vista del puerto, apoyará la insurreccion nacional; la cámara, por lo tanto, debe reunirse y no levantar la sesion hasta declararse *asamblea constituyente*.”

Habíase pronunciado la palabra solemne; otra mas solemne aún debia seguirla.

Aquella misma noche, domingo 14 de Mayo, desembarazados ya los diputados de sus timoratos colegas, permanecieron en número de sesenta á ochenta sentados en derredor de la mesa de Monteolivetto. La noche era sombría. Una de las *notabilidades* de Nápoles, el señor Dupont, se dirige de parte de los ministros al congreso, anunciando que para allanar todas las dificultades, el rey habia escojitado un término medio, y que los ministros retirarian su dimision si la cámara, en la cuestion del juramento, aceptaba el medio conciliador que les presentaba, concebido en estos términos: “Los diputados prestarán juramento á la ley fundamental, reservándose el derecho de revisarla.” Lo cual tanto queria decir como *enmendarla, modificarla, y aun rehacerla*.

Pero el doctor Lanza, que presidia, se levanta, y con voz altanera responde al conciliador:

“¡Ciudadano! el rey no es mas que un hombre, y nosotros represen-

tamos seis millones de patriotas. Retiraos : nosotros determinaremos lo conveniente.”

Creíase cincuenta años mas atras, nuevo Mirabeau en miniatura, hablando en los Estados generales de Versalles.

El señor Dupont se marchó cabizbajo y confuso.

“¡No, ninguno de nosotros confía en la buena fé del rey!” replicaron las turbas.

Y en el mismo instante lanzaron á los amotinados que rodeaban las afueras de las Casas Capitulares la palabra siniestra “¡ Traicion !”

Este grito corrió de boca en boca “¡ Traicion, traicion !” repite la muchedumbre admirada. No importa que nada comprenda : basta que se estremezca y se disponga á la pelea, que era lo esencial.

Los pares, en número de cincuenta, habian sido nombrados por el rey segun la manera prescrita (1), aquella misma mañana.

Reunidos en la casa del presidente príncipe de Cariati, la mayor parte abrigaba el convencimiento de que la abolicion de la cámara alta era cosa resuelta por los representantes de Monteolivetto. Transcurrió toda la noche entre deliberaciones y correspondencias ; las idas y venidas se sucedian sin intermision del ayuntamiento al palacio, de la casa de Cariati á la del rey. El gobierno no sabia á quien oír, y mientras tanto, engrosaban los grupos sublevados por instigacion de los emisarios demagogos, disponiéndose á construir barricadas.

De repente la *Cecilia*, capitan de la guardia nacional, se presenta en el salon donde aun permanecian los sesenta representantes.

Era muy entrada la noche, y las pocas luces que en el recinto habia, apenas iluminaban los pálidos y contraídos semblantes de la asamblea democrática. Roncas voces pronunciaban frases ofensivas ; miradas salvajes centelleaban entre las terribles sombras.

Aquí mensajeros en mangas de camisa, repartíanse billetes siniestros ; mas allá aguzaban los asesinos sus puñales homicidas.

—“¡ Ciudadanos ! dijo la Cecilia : no os forjeis mas ilusiones ; el trono se burla del pueblo ; no hay salvacion sino en las barricadas.”

—“¡ Las barricadas ! ¡ Los barricadas !” repite la multitud de guardias nacionales que le seguian.

—“¡ Ciudadanos diputados !” replica la Cecilia cojiendo de entre la muchedumbre á un jóven pálido y desfallecido con la cabeza cubierta de vendas ensangrentadas : “¡ Mirad lo que hace de un desgraciado pueblo

(1) El príncipe de San Giacomo no recibió su nombramiento hasta el 14 de Mayo, á las cuatro de la tarde.

el monstruo que nos gobierna ! ¡ Víctimas ! ¡ Siempre víctimas ! ¡ Mirad !... Será capaz de acabar con todos nosotros.”

A esta aparicion teatral, á esta arenga dramática, prorumpen en clamores horrorosos. La libida faz del jóven moribundo, su frente ya oscurecida con las sombras de la muerte, los dolorosos ayes que se escapaban de sus labios descoloridos, sus ojos apagados, su voz débil y espirante, exaltan al pueblo y á los diputados.

“¡ A las barricadas, á las barricadas !” repite acalorada la asamblea.

Dáse la órden de tocar generala ; y la guardia nacional corre á tomar las armas (1).

Eran las doce de la noche. En la calle de Toledo se construian barricadas con increíble rapidez : las noticias que se comunicaban á los trabajadores, eran de lo mas estravagante que puede imaginarse, variando segun la opinion de los barrios y la naturaleza de los grupos.

A unos :—¡ Pronto ! ¡ pronto ! ¡ barricadas para defenderse de los suizos que quieren asesinar á los napolitanos !... .

A otros :—¡ Barricadas cuanto antes para salvar la vida del rey del furor de sus soldados rebeldes !

A estos :—¡ Barricadas contra las provincias armadas, que acuden á destruir la constitucion !... .

A aquellos :—¡ Barricadas contra los sacerdotes, enemigos de toda emancipacion, que vienen á restablecer la hoguera inquisitorial !... .

Todos escuchan, se arman, gritan ; hay quien se imagina que el almirante Baudin proyecta la conquista de Nápoles, y que las barricadas se levantan contra la dominacion extranjera. Otro hace creer, que los lazaroni, pagados por el rey, tienen órden de matar á todos los representantes del país, y que las barricadas se construyen para salvar al parlamento. Mientras mas absurdas eran las noticias, mas seguramente alcanzaban crédito ; y ya en uno, ya en otro sentido, la revolucion proseguia y las barricadas adelantaban.

Los bancos de las iglesias, los *coricoli* de las plazas públicas, los puestos de agua, los barriles de los tenderos, los carros de los comerciantes, las persianas, las puertas de ventanas y balcones, todo encuentra aprovechamiento : todo sirve á los trabajadores para la construccion. Tras las fortalezas improvisadas, levantaban los extranjeros su altiva frente, dirijian y dominaban. Las principales lenguas de Europa se mezclaban allí como en la famosa Babel ; y Nápoles, á la manera del que navega por ignorados mares, miraba consternado aquellos preparativos que se hacian en contra suya y sin su consentimiento.

(1) Extracto del *Cenno stórico degli advenimenti di Napoli* por la Cecilia, pág. 39.

El príncipe San Giacomo, que iba en su carruaje desde la casa del príncipe Cariatí á palacio, es detenido por los amotinados en la calle de Toledo.

—¡Dejadme pasar! les dice; soy de la cámara de los pares, y tengo que ver al rey.

—¡Se acabaron ya los reyes! grita uno de los exaltados de la *Italia Roja*.

Y desenganchan las caballos del príncipe, entregan su carruaje á los maestros de las barricadas, obligándole á él mismo á trabajar para desempedrar la calle, hasta que despues de algunos momentos consiguió escaparse á favor de las tinieblas y de la confusion.

Llega á palacio con la cabeza descubierta, el traje roto y en un estado deplorable.

—“¡Gran Dios! dice el rey lleno de terror; ¿qué pasa? ¿de dónde venis?”

—“Señor, le responde San Giacomo, la ciudad está en plena insurreccion; por todas partes hay barricadas.

“Esta es la repetición de lo de Julio de 1830 en París; de la cual no es posible escapar sino por medio de una vigorosa y enérgica defensa.”

—“¿Me aconsejariais que hiciese fuego al pueblo? interrumpió Fernando II, arrugando el entrecejo; ¡no, no, eso es imposible, jamás!”

El general Ischitela, que en aquel momento estaba cerca de él, tira su sombrero en un arranque de desesperacion, y esclama:

—“¡Señor! en ese caso todo está perdido; no mas corona ni mas rey.”

Fernando II se vuelve con calma hácia el príncipe San Giacomo, y le dice:

—“Ya habeis oido. ¡Cruelles palabras! ¡Ah! yo concibo que los militares quieran batirse; pero tan honroso es para un soldado ejecutar la orden que enfrente del enemigo le llama al campo de batalla, como indigno de un rey, cuando sus súbditos se rebelan, dar la señal de la carnicería (1).”

Sin embargo, hácia la una y media de la noche, las tropas se habian reunido alrededor de la mansion real. Fernando II, queriendo todavía quitar todo pretexto á la insurreccion, acababa de acceder á los deseos de los diputados acerca del juramento; y mandando venir á su presencia á los oficiales principales de la guardia nacional, les dijo:

(1) El general Ischitela, antiguo ayudante de campo de Murat, hoy príncipe y ministro de la guerra en Nápoles, estuvo en otro tiempo en Moscow y en Dresde, doode se distinguió por sus altos hechos. En Leipsik estuvo á pique de morir por una bala de cañon. La Francia le revindica como uno de los héroes del gran ejército.

—“Anunciad á la cámara que estoy conforme con que los diputados no juren la constitucion. Id, y que se restablezca la paz y se deshagan las barricadas.”

—“Señor, responden los guardias nacionales, mandad primero que se retiren vuestras tropas.”

Dióse y ejecutóse la orden al momento, pero no por ello dejaron de estenderse y continuarse las barricadas. Mientras menos severo es el poder, mas vigor adquiere la rebelion: esto es de usanza inmemorial.

Fernando II estaba rodeado de los altos funcionarios del Estado; á su lado veíase al síndico de Nápoles, Antonio Naya, y al coronel de la guardia nacional Letizia.

—¿Qué quieren los facciosos? les dice con acento firme; ¿no han conseguido cuanto me pedian? ¿no he suprimido la fórmula del juramento? ¿qué mas necesitan?

—Nada, señor; como no sea espresar su reconocimiento.

—¡Y bien! entonces, ¿á qué esas barricadas? ¿á qué esos grupos mas numerosos que nunca? ¿querrán que corra la sangre?

—¡Majestad! ¡quién puede comprenderlos!...

—Marchad, avistaos con ellos. Exijid que deshagan las barricadas, que se dispersen los grupos. Obrad en mi nombre; ¡habladles!

—Obedecemos, señor, pero para secundar nuestros esfuerzos necesitamos algunos soldados.

No, no, replica el monarca, nada de soldados, nada de uniformes; preciso es que el mismo pueblo lo haga.

El coronel y el síndico se alejan; agotan sus esfuerzos para conseguir algo de los facciosos, y poco despues vuelven á la presencia del rey.

—¡Señor! nos ha sido imposible hacernos escuchar y aun abrirnos paso. ¡Por favor! haced que nos acompañen algunos soldados, aunque sea sin armas, para que podamos circular sin embarazo.

—Os repito otra vez, dijo el monarca con firmeza, que ni quiero soldados ni armas. ¿Creeis que consiste el valor en emplear la fuerza? No, el verdadero valor no está en la ejecucion, sino en el mando....

Al rayar el alba del día 15 de Mayo, la furia de los agitadores estaba en su mas alto punto. Segun la proposición del diputado Ricciardi, debian presentarse sucesivamente al gobierno las dos peticiones siguientes:

1ª “La entrega de los puntos fortificados de Nápoles á la guardia nacional.

2ª “La disolucion de la guardia real, ó su inmediata marcha para la guerra de Lombardia.”

Estas proposiciones, si bien acogidas con entusiasmo fuera de la sala de la Casa Capitular, no parecieron suficientes á los tribunos que estaban dentro; los cuales, superando á Ricciardi, completaron de este modo su pensamiento:

“¡Nada de paliativos, ciudadanos! A cortar por lo sano. La justicia del pueblo requiere: 1º *La abdicacion del rey*: 2º *que se retiren las tropas á cuarenta millas de la capital.*”

(Aplausos estrepitosos.)

Con todo, los diputados solo adoptan la segunda medida, y envían cuatro de sus compañeros á Fernando II para invitarle á que hiciese salir desde luego y sin dilacion á todas sus tropas. Lo demas quedaba para mas tarde.

Los cuatro diputados comisionados al efecto, eran el antiguo ministro Imbriani, Capitalli, Pica y Pocio. Pusiéronse en marcha, recibiendo en las calles numerosas aclamaciones, y estrechando al paso las manos de aquellos complacidos energúmenos.

“¡Amigos! dice uno de ellos á la muchedumbre; si el éxito es favorable, dentro de poco nos veremos; si nó, en agitando nuestros pañuelos en el balcon de palacio, fuego sobre los tiranos!”

El tiempo transcurria en medio de la mas viva ansiedad: el terror y la angustia se apoderan de todos los corazones. ¿Qué habrá en palacio? ¿Qué se prepara en la cámara? Todos tiemblan; ninguno se atreve á confiar.

De improviso resuenan grandes gritos hácia el extremo de la calle de Toledo, cerca de la iglesia de San Fernando, acompañados de estrepitoso palmoteo y clamores ininteligibles. ¿Se habia visto flotar en el balcon regio el pañuelo blanco de los comisarios? No. ¿Habia venido alguna noticia importante á decidir de la suerte del país? Sí, porque aun antes de que se presentase al rey la comision, habia este concedido cuanto le pedian.

La cámara lo habia obtenido todo (1).

¿Se restablecerá por ella la paz....? ¡Oh! no era la paz ni el restablecimiento del órden lo que ambicionaba la *Italia Roja*. Va á repetirse en Nápoles el 15 de Mayo, la famosa escena del *boulevard* de los Capuchinos de Paris el 24 de Febrero. Nada de arreglos, nada de conciliacion. Es preciso un trueno imprevisto, algo que desconcierte todo plan, que confunda todo pensamiento; y óyense dos tiros de fusil....

¿De dónde partia esta señal de guerra....? De detras de la gran

[1] Storia degli ultimi fatti.—Advenimenti di Napoli, del 15 de Mayo de 1848, por el conde Mazulli.

barricada de San Fernando. Un guardia real cae herido de un balazo. Inmediatamente Cirelli aparece en los balcones de palacio, encima casi de la misma barricada, y tiran de nuevo sobre la tropa (1).

A esta infame traicion, los soldados que vivaqueaban descuidados al rededor de palacio, lanzan gritos de horror y de rabia; han visto caer á algunos de sus camaradas, y no piensan sino en la venganza. A su vez toman las armas, descargan sobre sus enemigos, y hé aquí trabada la batalla.

En vano procuran contenerlos los gefes y oficiales; pues los soldados comprendian perfectamente en su inspirado valor, que solo á ellos pertenecia en aquellos momentos críticos el honor de salvar al trono y al país aun á pesar de las órdenes del rey. La victoria no estaba seguramente como en Paris, de parte de los insurrectos. El general Ischitella, antiguo ayudante de campo de Murat, y el general Lunziente, futuro vencedor de la Calabria, igualmente que Salvaggi y Carrascosa, se ponen á la cabeza de los batallones, persuadidos de que serian inútiles sus voces para calmar el fuego de la tropa. Armanse y no calculan; combaten y no consultan; quieren vencer, que no simplemente luchar.

¿Qué pasaba á la sazón en palacio? A la primera detonacion que salió de las barricadas, habia despedido el rey á todos los intermediarios que llegaban: la arrogancia de los facciosos no conocia ya freno.

El diputado Barbarisi decia á Fernando II: “Si no otorgais al punto la *constituyente*, ¡cuenta con el cadalso de Luis XVI!”

El ministro Comforti, recorriendo el palacio, abria el balcon del tercer piso, diciendo: “*Este departamento me conviene.*”

El ministro Scialoja, pasando por los grandes salones del segundo piso, proferia con el mayor atrevimiento estas palabras: “*Esta noche dormiremos aquí.*”

Estos señores, desalojando á su soberano, se querian ya acomodar bajo la púrpura.

El fuerte de San Telmo, no habia izado aún la bandera roja, señal para llamar á la guarnicion á las armas. El rey miraba atentamente y con viva inquietud aquella ciudadela inespugnable, con la cual no podia ya tener comunicacion. ¡Si *San Telmo* le vendiese....! De solo pensarlo se horrorizaba.

De repente se oye un cañonazo, al cual suceden otros dos: la ciudadela ha dado la señal, el oriflama aparece, los castillos responden; la monarquía se ha salvado.

(1) Los tiradores de esta horrorosa emboscada eran redactores del diario ministerial de Troya. Su director se llamaba Aquiles Rossi.

El general Roberti, que era diputado, habia pasado la noche en el fuerte; y aunque desde allí oia tocar en Nápoles generala, y sabia que se construian barricadas, permanecia tranquilo é impasible. Por la mañana, vestido de paisano y con su sombrero de paja, no se acordaba para nada de sus cargos y obligaciones. El mayor Salvador Zanetti, siendo ya las once de la mañana, y viendo que nada se hacia, á pesar de haber oido las descargas de la calle de Toledo, se decide á obrar de por sí; y sin detenerse mas, manda tirar un cañonazo. . . . Roberti le llama.

—“¡ Mayor! le dice, ¿ qué haceis ?”

—“ Mi deber,” responde el oficial.

Ante esta heróica firmeza del mayor, el general no supo qué responder (1).

Las tropas fieles al rey acudieron á sus puestos.

—“¿ Os acordais de Luis Felipe ?” preguntó atrevidamente á Fernando II el ministro Scialoja; como si pudiera haber analogía entre un monarca legítimo que se defiende contra un tumulto, y un soberano hijo de la revolucion, destronado por los mismos que lo elevaron.

—“¡ Afuera ese bufon! respondió tranquilamente el rey; yo apelo á la justicia de Dios y á la lealtad del país.”

El tiroteo era terrible. El general Nunciante reunió en Santa Lucía gran número de *lazzaroni*, y les dijo:

—“¡ Amigos míos! ¿ quereis salvar á vuestro rey ?”

—“ Sí, sí, responden. ¡ Marchemos!”

Y empuñando la bandera de las lises, armados y provistos de piedras, bastones, cuchillos y hachas, corren á la calle de Toledo. Allí estaba la gran barricada de San Fernando, admirablemente construida bajo la direccion del ciudadano Levraud, ministro de la república de Febrero, y en la que habian tomado parte pretensos militares franceses. Los *lazzaroni* se arrojan sobre aquella inmensa muralla, en medio de una lluvia de balas, destrozando é hiriendo por do quiera, sirviéndose de sus hachas y cuchillos: tarde ó temprano la barricada cederá á sus esfuerzos.

Mientras tanto, el ciudadano Levraud, antiguo violinista de un teatro de Paris, se dirijia á bordo del navío almirante francés anclado en el puerto de Nápoles: habiase contentado con dirijir la construccion de una barricada; pero no se atrevia á esponerse en su defensa, aunque no se le ocultaba que allí donde un trono se hundia, estaba él llamado necesaria-

(2) Oigamos sobre el particular al general Pepé: “ Roberti, dice, hombre y ciudadano antes que soldado, no quiso obedecer al rey el 15 de Mayo, y mandó cargar los cañones de San Telmo con pólvora sola. Entre la destitucion y el fratricidio prefirió la destitucion. (Obra citada, páginas 116 y 121.)

mente á representar un gran papel: preferia no correr riesgo, y ostentar su audacia desde puerto seguro.

Preséntase, pues, muy erguido al Sr. Baudin, y le intima en nombre de los sagrados principios de la *Jóven Italia* parisiense, que se declare á favor de la insurreccion de las Dos Sicilias.

—“¡ Almirante! le dice el demagogo; ¡ abajo el último de los Borbones! Apuntad vuestros cañones contra Nápoles. ¿ Sabeis lo que pasa despues de las órdenes dadas por el feroz Fernando? Están degollando á todos los franceses, y su sangre corre á torrentes por las calles. ¡ En nombre del cielo, salvad á nuestros hermanos!”

Atónito el almirante, no dá crédito á estas palabras.

—“¡ Sr. Levraud! le responde; yo no puedo ni debo proteger el desorden y la rebelion. A mí no me corresponde ni armarme contra el monarca ni declararme por el pueblo; sí, solo esperar y reflexionar. En cuanto al asesinato de los franceses, voy á toda prisa á informarme sobre el particular, y obraré con energía. Tranquilicese V. y confie en mí.”

El almirante corrió en seguida á dar sus órdenes.

Pero no era esto lo que queria el audáz republicano. Apenas se habia alejado el Sr. Baudin, llama á la tripulacion sobre el puente del navío.

—“¡ Ciudadanos! dice á los marineros que le rodean; llegó ya el tiempo de sacudir toda opresion. Vuestro almirante falta á sus deberes, cuando no ayuda á la nacion napolitana á desembarazarse de su infame monarquía. No obedezcais mas que á vuestras patrióticas inspiraciones. No os dejéis subyugar mas tiempo por las charreteras. ¡ No mas *amos*! ¡ No mas *almirantes*! ¡ No mas *dominadores* ni *reyes*! ¡ Viva la república democrática y social!”

El ciudadano Levraud se lisonjeaba de subir al pináculo con solo aquella soberbia perorata, y saboreaba de antemano las aclamaciones con que le coronaria la escuadra.

¡ Oh completo desengaño! Los marineros retroceden indignados, tomando la arenga por un ultraje. ¡ Cómo! ¿ podia degradárseles hasta el punto de creerlos capaces de la mas negra felonía? Apostrofando, pues, al orador, le devuelven insulto por insulto. El republicano quiere responder; mas una voz atronadora se levanta y dice:

—“¡ Arrojemus al mar á ese Levraud!”

Todos acojen esta orden con estrepitosas carcajadas, y de seguro la hubieran llevado á efecto, á no impedirlo algunos oficiales. Hubo algunas esplicaciones, y á poco volvió el almirante.

Los hechos denunciados por el representante de la república francesa